

Uno

Estas reflexiones han sido provocadas por los acontecimientos y debates de los últimos años, vistos en la perspectiva del siglo xx que ha resultado ser, como Lenin predijo, un siglo de guerras y revoluciones y, por consiguiente, un siglo de esa violencia a la que corrientemente se considera su denominador común. Hay, sin embargo, otro factor en la actual situación que, aunque no previsto por nadie, resulta por lo menos de igual importancia. El desarrollo técnico de los medios de la violencia ha alcanzado el grado en que ningún objetivo político puede corresponder concebiblemente a su potencial destructivo o justificar su empleo en un conflicto armado. Por eso, la actividad bélica —desde tiempo inmemorial árbitro definitivo e implacable en las disputas internacionales— ha perdido mucho de su eficacia y casi todo su atractivo. El ajedrez «apocalíptico» entre las superpotencias, es decir, en-

tre las que se mueven en el más alto plano de nuestra civilización, se juega conforme a la regla de que «si uno de los dos “gana” es el final de los dos»¹; es un juego que no tiene semejanza con ninguno de los juegos bélicos que le precedieron. Su objetivo «racional» es la disuasión, no la victoria y la carrera de armamentos, ya no una preparación para la guerra, sólo puede justificarse sobre la base de que más y más disuasión es la mejor garantía de la paz. No hay respuesta a la pregunta relativa a la forma en que podremos ser capaces de escapar de la evidente demencia de esta posición.

Como la violencia —a diferencia del poder o la fuerza— siempre necesita *herramientas* (como Engels señaló hace ya mucho tiempo)², la revolución tecnológica, una revolución en la fabricación de herramientas, ha sido especialmente notada en la actitud bélica. La verdadera sustancia de la acción violenta es regida por la categoría medios-fin cuya principal característica, aplicada a los asuntos humanos, ha sido siempre la de que el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo. Como la finalidad de la acción humana, a diferencia del fin de los bienes fabricados, nunca puede ser fiablemente prevista, los medios utilizados para lo-

1. Harvey Wheeler, «The Strategic Calculators», en *Unless Peace Comes*, de Nigel Calder, Nueva York, 1968, p. 109.

2. Herrn Eugen Dührings *Umwälzung der Wissenschaft* (1878), Parte II, cap. 3.

grar objetivos políticos son más a menudo que lo contrario, de importancia mayor para el mundo futuro que los objetivos propuestos.

Además, como los resultados de la acción del hombre quedan más allá del control de quien actúa, la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad; en ningún lugar desempeña la Fortuna, la buena o la mala suerte, un papel tan fatal dentro de los asuntos humanos como en el campo de batalla, y esta intrusión de lo profundamente inesperado no desaparece cuando algunos la denominan «hecho de azar» y lo encuentro científicamente sospechoso; ni puede ser eliminada por situaciones, guiones, teorías de juegos y cosas por el estilo. No existe certidumbre en estas materias, ni siquiera una última certidumbre de destrucción mutua bajo ciertas circunstancias calculadas. El verdadero hecho de que los comprometidos en el perfeccionamiento de los medios de destrucción hayan alcanzado finalmente un nivel de desarrollo técnico en donde su objetivo, principalmente la guerra, está a punto de desaparecer para siempre por virtud de los medios a su disposición³ es como un irónico recuerdo de esa imprevisibilidad absolutamente pe-

3. Como señala el general André Beaufre en «Battlefields of the 1980's»: La guerra sólo es ya posible «en aquellas partes del mundo no cubiertas por la disuasión nuclear», e incluso esta «guerra convencional», a pesar de sus horrores, resulta ya limitada por la amenaza siempre presente de una escalada hasta una guerra nuclear (en Calder, *op. cit.*, p. 3).

netrante que hallamos en el momento en que nos acercamos al dominio de la violencia, la razón principal de que la guerra siga con nosotros no es un secreto deseo de muerte de la especie humana, ni de un irreprimible instinto de agresión ni, final y más plausiblemente, los serios peligros económicos y sociales inherentes al desarme⁴ sino el simple hecho de que no haya aparecido todavía en la escena política un sustituto de este árbitro final. ¿Acaso no tenía razón Hobbes cuando dijo: «Acuerdos, sin la espada, son sólo palabras»?

Ni es probable que aparezca un sustituto mientras que esté identificada la independencia nacional, es decir, la libertad del dominio exterior, y la soberanía del Estado, es decir, la reivindicación de un poder irrefrenado e ilimitado en los asuntos exteriores (Estados Unidos figura entre los pocos paí-

4. *Report from Iron Mountain*, Nueva York, 1967, la sátira sobre la forma de pensar de la Rand Corporation y de otros «tanques de pensamiento», con su «tímida mirada hacia más allá de la orilla de la paz», está probablemente más próxima a la realidad que la mayoría de los más «serios» estudios. Su principal argumento, el de la guerra, es tan esencial al funcionamiento de nuestra sociedad que no nos atreveremos a abolirla a menos que descubramos formas aún más homicidas de abordar nuestros problemas, sorprenderá sólo a quienes hayan olvidado hasta qué punto se resolvió la crisis de desempleo de la Gran Depresión únicamente con el estallido de la Segunda Guerra Mundial o a quienes convenientemente olvidan o rechazan el grado del actual desempleo latente bajo las diferentes formas de exceso de trabajadores empleados en muchas empresas.

ses donde es al menos teóricamente posible una adecuada separación de libertad y soberanía hasta el grado en que no se vean los cimientos de la República americana. Según la Constitución los Tratados con el exterior son parte y parcela de la ley de la tierra y —como el juez James Wilson señaló en 1793—, «El término soberanía le resulta completamente desconocido a la Constitución de los Estados Unidos». Pero las épocas de semejante claridad y de orgullosa separación del marco conceptual político de la Nación-Estado europea han pasado hace ya largo tiempo; la herencia de la Revolución americana ha sido olvidada y el Gobierno americano, para bien y para mal, ha penetrado en la herencia de Europa como si fuera su patrimonio, ignorante, ay, de que el declive del poder europeo fue precedido y acompañado por una bancarrota política, la bancarrota de la Nación-Estado y de su concepto de la soberanía). Que la guerra siga siendo la *ultima ratio*, la vieja continuación de la política por medio de la violencia en los asuntos exteriores de los países subdesarrollados, no es argumento contra la afirmación de que ha quedado anticuada y el hecho de que sólo los pequeños países, sin armas nucleares ni biológicas, pueden permitírsela, no es ningún consuelo. Para nadie es un secreto que el famoso hecho de azar tiene más probabilidades de surgir en aquellas partes del mundo donde el antiguo adagio «No hay alternativa a la victoria» conserva un alto grado de plausibilidad.

En estas circunstancias, hay, desde luego, pocas cosas más aterradoras que el prestigio siempre creciente de los especialistas científicos en los organismos consultivos del Gobierno durante las últimas décadas. Lo malo no es que tengan la suficiente sangre fría como para «pensar lo impensable», sino que no *piensan*. En vez de incurrir en semejante actividad, anticuada e inaprensible para los computadores, se dedican a estimar las consecuencias de ciertas configuraciones hipotéticamente supuestas sin, empero, ser capaces de probar sus hipótesis con los hechos actuales. La quiebra lógica de estas hipotéticas constituciones de los acontecimientos del futuro es siempre la misma: lo que en principio aparece como una hipótesis, con o sin sus alternativas implicadas, según sea el nivel de complejidad, se convierte en el acto, normalmente tras unos pocos párrafos, en un «hecho» y entonces da nacimiento a toda una sarta de no-hechos semejantes con el resultado de que queda olvidado el carácter puramente especulativo de toda la empresa. Es innecesario decir que esto no es ciencia sino pseudociencia, el desesperado intento de las ciencias sociales y del comportamiento, en palabras de Noam Chomsky, por imitar las características superficiales de las ciencias que realmente tienen un significativo contenido intelectual. Y la más obvia y «más profunda» objeción a esta clase de teoría estratégica no es su limitada utilidad sino su peligro, porque puede conducirnos a creer que poseemos una compren-

sión de los acontecimientos y un control sobre su fluir que no tenemos», como Richard N. Goodwin señaló recientemente en un artículo que tuvo la rara virtud de detectar el «humor inconsciente» característico de muchas de estas pomposas teorías pseudocientíficas⁵.

Los acontecimientos, por definición, son hechos que interrumpen el proceso rutinario y los procedimientos rutinarios; sólo en un mundo en el que nada de importancia sucediera podrían llegar a ser ciertas las previsiones de los futurólogos. Las previsiones del futuro no son nada más que proyecciones de procesos y procedimientos automáticos presentes que sería probable que sucedieran si los hombres no actuaran y si no ocurriera nada inesperado; cada acción, para bien y para mal, y cada accidente necesariamente destruyen toda la trama en cuyo marco se mueve la predicción y donde encuentra su prueba. (La pasajera observación de Proudhon: «La fecundidad de lo inesperado excede con mucho a la prudencia del estadista», sigue siendo por fortuna verdadera. Supera aún más claramente a los cálculos del experto.) Llamar a tales hechos inesperados, imprevistos e imprevisibles, «hechos de azar» o «últimas boqueadas del pasado», condenándoles a la irrelevancia o al famoso «basurero de la Historia»

5. Noam Chomsky en *American Power and the New Mandarins*, Nueva York, 1969; crítica de Richard N. Goodwin de *Arms and Influence*, Yale, 1966, de Thomas C. Schelling, en *The New Yorker*, 17 de febrero de 1968.

es el más viejo truco del oficio; el truco contribuye sin duda a aclarar la teoría, pero al precio de alejarla más y más de la realidad. El peligro es que estas teorías no sólo son plausibles porque obtienen su evidencia de las tendencias actualmente discernibles, sino que, por obra de su consistencia interior, poseen un efecto hipnótico; adormecen nuestro sentido común, que es nada menos que nuestro órgano mental para percibir, comprender y tratar a la realidad y a los hechos.

Nadie consagrado a pensar sobre la Historia y la Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos, y a primera vista resulta más que sorprendente que la violencia haya sido singularizada tan escasas veces para su especial consideración⁶. (En la última edición de la *Encyclopedia of the Social Sciences* «violencia» ni siquiera merece una referencia.) Esto demuestra hasta qué punto han sido presupuestas y luego olvidadas la violencia y su arbitrariedad; nadie pone en tela de juicio ni examina lo que resulta completamente obvio. Aquellos que sólo vieron violencia en los asuntos humanos, convencidos de que eran «siempre for-

6. Existe desde luego amplia bibliografía sobre la guerra y las actividades bélicas, pero se refiere exclusivamente a los instrumentos de la violencia, no a la violencia como tal.

tuitos, no serios, imprecisos» (Renan) o que Dios estaba siempre del lado de los batallones más fuertes, no tuvieron más que decir sobre la violencia o la Historia. Cualquiera que busque algún tipo de sentido en los relatos del pasado, está casi obligado a ver a la violencia como un hecho marginal. Tanto si es Clausewitz, denominando a la guerra «la continuación de la política por otros medios», como si es Engels, definiendo a la violencia como el acelerador del desarrollo económico⁷, siempre se presta relieve a la continuidad política o económica, a la continuidad de un proceso que permanece determinado por aquello que precedió a la acción violenta. Por eso los estudios de las relaciones internacionales afirmaban hasta hace poco que «es una máxima que una resolución militar en discordia con las más profundas fuentes culturales del poder nacional, no podría ser estable», o que, en palabras de Engels, «dondequiera que la estructura del poder de un país contradiga su desarrollo económico, es el poder político con sus medios de violencia el que sufrirá la derrota»⁸.

Hoy todas aquellas antiguas verdades acerca de la relación entre la guerra y la política y sobre la violencia y el poder se han tornado inaplicables. La segunda guerra mundial no fue seguida por la paz sino por una guerra fría y por el establecimiento del

7. Véase Engels, *op. cit.*, Parte II, cap. 4.

8. Wheeler, *op. cit.*, p. 107; Engels, *ibidem*.

complejo militar-industrial-laboral. Hablar de «la prioridad del potencial bélico como principal fuerza estructuradora en la sociedad», mantener que «los sistemas económicos, las filosofías políticas y los *corpora juris* sirven y extienden el sistema bélico, y no al revés», concluir que «la guerra en sí misma es el sistema social básico dentro del cual chocan o conspiran otros diferentes modos de organización social», parece más plausible que las fórmulas decimonónicas de Engels o Clausewitz. Aun más concluyente que la simple inversión propuesta por el anónimo autor de *Report from Iron Mountain*, en lugar de ser la guerra «una extensión de la diplomacia (o de la política o de la prosecución de objetivos económicos)», la paz es la continuación de la guerra por otros medios, es el actual desarrollo de las técnicas bélicas. En palabras del físico ruso Sajarov, «una guerra termonuclear no puede ser considerada una continuación de la política por otros medios (conforme a la fórmula de Clausewitz). Sería un medio de suicidio universal»⁹.

Además sabemos que «unas pocas armas en unos pocos momentos podrían barrer todas las demás fuentes de poder nacional»¹⁰, que han sido concebidas armas biológicas que permitirían a «un pequeño grupo de individuos [...] alterar el equilibrio estratégico» y que serían lo suficientemente baratas como

9. Andrei D. Sajarov, *Progress, Coexistence and Intellectual Freedom*, Nueva York, 1968, p. 36.

10. Wheeler, *ibidem*.

para poder ser fabricadas por «naciones incapaces de desarrollar fuerzas nucleares estratégicas»¹¹, que «en unos pocos años», los soldados-robots habrán dejado «completamente anticuados a los soldados humanos»¹² y que, finalmente, en la guerra convencional los países pobres son mucho menos vulnerables que las grandes potencias, precisamente porque están «subdesarrollados», y porque la superioridad técnica puede ser «más riesgo que ventaja» en las guerras de guerrillas¹³. Lo que estas desagradables novedades añaden es una completa inversión en las futuras relaciones entre las pequeñas y grandes potencias. La cantidad de violencia a disposición de cualquier país determinado puede muy bien no ser pronto una indicación fiable de la potencia del país o una fiable garantía contra la destrucción a manos de un país sustancialmente más pequeño y más débil. Y esto aporta una ominosa semejanza con uno de los más viejos atisbos de la ciencia política, el de que el poder no puede ser medido en términos de riqueza, que una abundancia de riqueza puede erosionar al poder, que las riquezas son particularmente peligrosas para el poder y el bienestar de las Repúblicas. —Atisbo que no ha perdido su validez porque haya sido olvidado, especialmente en esta

11. Nigel Calder, «The New Weapons», en *op. cit.*, p. 239.

12. M. W. Thring, «Robots on the March», en Calder, *op. cit.*, p. 169.

13. Vladimir Dedijer, «The Poor Man's Power», en Calder, *op. cit.*, p. 29.

época en que esa verdad ha adquirido una nueva dimensión en su validez por tornarse también aplicable al arsenal de la violencia.

Cuanto más dudoso e incierto se ha tornado en las relaciones internacionales el instrumento de la violencia, más reputación y atractivo ha cobrado en los asuntos internos, especialmente en cuestiones de revolución. La fuerte retórica marxista de la Nueva Izquierda coincide con el firme crecimiento de la convicción enteramente no marxista, proclamada por Mao Tsé-tung, según la cual «el poder procede del cañón de un arma». En realidad Marx conocía el papel de la violencia en la Historia pero le parecía secundario; no era la violencia sino las contradicciones inherentes a la sociedad antigua lo que provocaba el fin de ésta. La emergencia de una nueva sociedad era precedida, pero no causada, por violentos estallidos, que él comparó a los dolores que preceden, pero desde luego no causan, al hecho de un nacimiento orgánico. De la misma manera consideró al Estado como un instrumento de violencia en manos de la clase dominante; pero el verdadero poder de la clase dominante no consistía en la violencia ni descansaba en ésta. Era definido por el papel que la clase dominante desempeñaba en la sociedad o, más exactamente, por su papel en el proceso de producción. Se ha advertido a menudo, y a veces deplorado, que la Izquierda revolucionaria bajo las influencias de las enseñanzas de Marx desechara el empleo de los medios violentos; la «dic-

tadura del proletariado», abiertamente represiva en los escritos de Marx, se instauraba después de la Revolución y era concebida, como la dictadura romana, para un período estrictamente limitado. El asesinato político, excepto en unos pocos casos de terror individual perpetrado por pequeños grupos de anarquistas, era fundamentalmente la prerrogativa de la Derecha, mientras que las rebeliones organizadas y armadas seguían siendo especialidad de los militares. La Izquierda permaneció convencida de que «todas las conspiraciones no sólo son inútiles sino perjudiciales. [Sabían] muy bien que las revoluciones no se hacen intencional y arbitrariamente sino que son siempre y en todas partes resultado necesario de circunstancias enteramente independientes de la voluntad y guía de los partidos específicos y de las clases en conjunto»¹⁴.

Al nivel de esta teoría existen unas pocas excepciones. Georges Sorel, que al comienzo del siglo trató de combinar el marxismo con la filosofía de Bergson —el resultado, aunque en un nivel de complejidad mucho más bajo, es curiosamente similar a la actual amalgama sartriana de existencialismo y marxismo— consideró la lucha de clases en términos militares; sin embargo, acabó proponiendo nada más violento que el famoso mito de la huelga

14. Debo esta observación de Hegel, formulada en un manuscrito de 1847, a Jacob Barion, *Hegel und die marxistische Staatslehre*, Bonn, 1963.

general, forma de acción que consideraríamos perteneciente más bien al arsenal de la política de la no violencia. Hace cincuenta años incluso esta modesta propuesta le ganó la reputación de ser un fascista a pesar de su entusiástica aprobación a Lenin y a la Revolución rusa. Sartre, que en su prólogo a *Los miserables de la Tierra* de Fanon va mucho más lejos en su glorificación de la violencia de lo que fue Sorel en sus famosas *Reflexiones sobre la Violencia* —más incluso que el mismo Fanon cuya argumentación pretende llevar a su conclusión— sigue mencionando las «manifestaciones fascistas de Sorel». Esto muestra hasta qué grado ignora Sartre su básico desacuerdo con Marx respecto de la violencia, especialmente cuando declara que la «violencia indomable [...] es el hombre recreándose a sí mismo», y que a través de la «loca furia» es como «los miserables de la Tierra» pueden «hacerse hombres». Estas nociones resultan especialmente notables porque la idea del hombre recreándose a sí mismo se halla estrictamente en la tradición del pensamiento hegeliano y marxista. Es la verdadera base de todo el humanismo izquierdista. Pero, según Hegel, el hombre se «produce» a sí mismo a través del pensamiento¹⁵, mientras que para Marx, que derribó el «idealismo» de Hegel, es el trabajo, la forma huma-

15. Resulta muy sugestivo que Hegel hable en este contexto de *Sichselbstproduzieren*. Véase *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, ed. Hoffmeister, p. 114, Leipzig, 1938.

na de metabolismo con la naturaleza, el que cumple esta función. Y aunque pueda afirmarse que todas las nociones relativas a la recreación del hombre por sí mismo tienen en común una rebelión contra la verdadera positividad de la condición humana —nada hay más obvio que el hecho de que el hombre, tanto como miembro de la especie que como individuo, no *debe* su existencia a sí mismo— y que por eso lo que Sartre, Marx y Hegel tienen en común es más relevante que las actividades particulares a través de las cuales habría surgido este no-hecho, no puede negarse que un foso separa las actividades esencialmente pacíficas del pensamiento y del trabajo, de los hechos de la violencia. «Matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro [...] quedan un hombre muerto y un hombre libre» afirma Sartre en su prólogo. Ésta es una sentencia que Marx jamás podría haber escrito¹⁶.

He citado a Sartre para mostrar cómo este nuevo cambio hacia la violencia en el pensamiento de los revolucionarios puede permanecer inadvertido incluso para uno de sus más representativos y prominentes portavoces¹⁷, y ello resulta aún más notable por no ser una noción abstracta en la historia de las ideas. (Si se derriba la *concepción* «idealista» del pensamiento se puede llegar a la *concepción* «materialista» del trabajo; jamás se llegará a la

16. Véase apéndice I, pág. 119.

17. Véase apéndice II, pág. 120.

noción de violencia.) Sin duda alguna todo esto posee una lógica propia pero es una lógica que procede de la experiencia y esta experiencia resulta profundamente desconocida para cualquier generación anterior.

El *pathos* y el *élan* de la Nueva Izquierda, su credibilidad, por decirlo así, se hallan íntimamente conectadas al fantástico y suicida desarrollo de las armas modernas; ésta es la primera generación que ha crecido bajo la sombra de la bomba atómica. Han heredado de la generación de sus padres la experiencia de una intrusión masiva de la violencia criminal en la política: supieron en la segunda enseñanza y en la Universidad de la existencia de los campos de concentración y de exterminio, del genocidio y de la tortura¹⁸, de las grandes matanzas de paisanos en guerra, sin las cuales ya no son posibles las operaciones militares aunque queden restringidas a armas «convencionales». Su primera reacción fue la de una repulsión contra toda forma de violencia, un casi lógico desposorio con la política de la no violencia. El enorme éxito de este movimiento, especialmente en el campo de los derechos civiles, fue seguido por el movimiento de resistencia contra la guerra del Vietnam, que ha continuado siendo un factor importante en la determinación

18. Noam Chomsky advierte ciertamente entre los motivos para una rebelión abierta «la negativa a ocupar el lugar propio junto al "buen alemán" al que todos hemos aprendido a despreciar». *Op. cit.*, p. 368.

del clima de opinión en este país. Pero no es un secreto que las cosas han cambiado desde entonces, que los adheridos a la no violencia se encuentran a la defensiva y que sería fútil afirmar que solamente los «extremistas» se aferran a la glorificación de la violencia y han descubierto, como los campesinos argelinos de Fanon, que «sólo la violencia renta»¹⁹.

Los nuevos militantes han sido denunciados como anarquistas, nihilistas, fascistas, rojos, nazis y, con una justificación más considerable, como «ludditas destrozadores de máquinas»²⁰ *. Los estudiantes han replicado con eslóganes igualmente desprovistos de significado referentes al «Estado policial» o al «latente fascismo del postrer capitalismo», y, con una

19. Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth* (1961), Grove Press edition, 1968, p. 61. Estoy utilizando esta obra en razón de su gran influencia sobre la actual generación estudiantil. El mismo Fanon, sin embargo, se muestra respecto de la violencia mucho más dubitativo que sus admiradores. Parece como si sólo el primer capítulo del libro, «Concerning Violence» hubiese sido ampliamente leído. Fanon sabe que la «brutalidad pura y total [que], si no es inmediatamente combatida, conduce invariablemente a la derrota del movimiento al cabo de unas pocas semanas» (p. 147).

Por lo que se refiere a la reciente escalada de la violencia en el movimiento estudiantil, véase la instructiva serie «Gewalt» en el semanario alemán *Der Spiegel* (10 de febrero de 1969 y números siguientes) y la serie «Mit dem Latein am Ende» (números 26 y 27, 1969).

20. Véase apéndice III, pág. 122.

* De Ned Ludd de Leicestershire, Inglaterra, quien, a comienzos del siglo XIX, encabezó una revuelta para destrozarse las primeras máquinas de la Revolución industrial. (*N. del T.*)

justificación más considerable, a la «sociedad de consumo»²¹. Su conducta ha sido atribuida a todo tipo de factores sociales y psicológicos. En América, a la excesiva tolerancia en su educación y en Alemania y Japón, a la excesiva autoridad sobre ellos, en Europa oriental a la falta de libertad y en Occidente a la excesiva libertad, en Francia a la desastrosa falta de empleos para los estudiantes de sociología y en Estados Unidos a la superabundancia de salidas para todas las carreras —todo lo cual parece suficientemente plausible a escala local pero se contradice claramente con el hecho de que la rebelión estudiantil es un fenómeno global—. Parece descartado un común denominador social del movimiento, pero lo cierto es que esta generación parece en todas partes caracterizada por su puro coraje, por una sorprendente voluntad de acción y por una no me-

21. El último de estos epítetos tendría sentido si pretendiera ser descriptivo. Tras él sin embargo se esconde la ilusión en la sociedad marxista de productores libres, en la liberación de las fuerzas productivas de la sociedad que ha sido lograda en realidad no por la revolución sino por la ciencia y la tecnología. Esta liberación, además, no se ve acelerada sino seriamente retrasada en todos los países que han pasado por una revolución. En otras palabras, tras su denuncia del consumo, se alza la idealización de la producción, y con ella la antigua adoración de la productividad y de la creatividad. «El júbilo de la destrucción es un júbilo creador» —sí, desde luego, si uno cree que el «júbilo del trabajo» es productivo; la destrucción es el único «trabajo» que resta que puede realizarse con sencillas herramientas sin la ayuda de máquinas, aunque las máquinas, evidentemente, realicen esta tarea con mucha más eficacia—.

nos sorprendente confianza en la posibilidad de cambios²². Mas estas cualidades no son causas y si uno pregunta qué es lo que ha producido esta evolución completamente inesperada en las universidades de todo el mundo parece absurdo ignorar el factor más obvio y quizá más potente, para el cual no existe precedente y analogía —el simple hecho de que el «progreso» tecnológico está conduciendo en muchos casos directamente al desastre²³; que las ciencias enseñadas y aprendidas por esta generación no parecen capaces de deshacer las desastrosas consecuencias de su propia tecnología sino que han alcanzado una fase en su desarrollo en la que «no hay una maldita cosa que hacer que no pueda ser dedi-

22. Este apetito por la acción resulta especialmente observable en empresas pequeñas y relativamente pacíficas. Los estudiantes se alzaron con éxito contra las autoridades del campus que en la cafetería y en otros menesteres pagaban a los empleados sueldos inferiores al mínimo legal. Entre tales empresas, aunque provocara la hasta ahora peor reacción de las autoridades, debería figurar la decisión de los estudiantes de Berkeley de unirse a la lucha para convertir unos solares vacíos, propiedad de la Universidad, en un «Parque del Pueblo». A juzgar por el incidente de Berkeley parece que precisamente tales acciones «no políticas» son las que unifican al cuerpo estudiantil tras una vanguardia radical. «Un referéndum estudiantil, que registró la mayor afluencia de votos en la Historia de las votaciones de estudiantes, arrojó el resultado de un 85 por 100 de casi 15.000 estudiantes, favorable al empleo de los solares» como parque popular. Véase el excelente informe de Sheldon Wolin y John Schaar, «Berkeley: The Battle of People's Park», *New York Review of Books*, 19 de junio de 1969.

23. Véase apéndice IV, pág. 124.

cada a la guerra»²⁴. (En realidad nada resulta más importante para la integridad de las universidades—que, según ha afirmado el senador Fulbright, han traicionado la confianza pública al tornarse dependientes de los proyectos de investigaciones patrocinados por el Gobierno²⁵— como un divorcio rigurosamente ejercido respecto de la investigación orientada hacia la guerra y de todas las empresas conexas; pero sería ingenuo esperar que este paso modificara la naturaleza de la ciencia moderna o estorbara el esfuerzo bélico e ingenuo; también sería negar que la limitación resultante puede muy bien conducir a una reducción del nivel universitario²⁶. A lo único que este divorcio no conduciría probablemente sería a una retirada general de los fondos federales; porque, como señaló recientemente Jerome Lettwin, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, «El Gobierno no puede permitirse no ayudarnos»²⁷—de la misma manera que las universidades no pueden permitirse el no aceptar fondos federales; pero esto no significa tampoco que «deban aprender a esterilizar su apoyo financiero» (Henry Steele Commager), una difícil pero no im-

24. Jerome Lettwin, del M.I.T., en *The New York Times Magazine*, 18 de mayo de 1969.

25. Véase apéndice V, pág. 125.

26. Ejemplo oportuno y muy significativo es la firme desviación de la investigación básica de las universidades a los laboratorios industriales.

27. *Loc. cit.*

posible tarea a la vista del enorme aumento de poder de las universidades en las sociedades modernas—. En suma, la proliferación aparentemente irresistible de técnicas y de máquinas, en vez de amenazar solamente con el desempleo a ciertas clases, amenaza la existencia de naciones enteras y, concebiblemente, de toda la Humanidad.)

Es sólo natural que la nueva generación sea más consciente que los de «más de treinta años» de la posibilidad de la catástrofe. No porque sean más jóvenes sino porque ésta ha sido su primera experiencia decisiva en el mundo. (Lo que para nosotros son «problemas» se trata de cuestiones «construidas en la carne y en la sangre de los jóvenes»²⁸). Si uno formula a un miembro de esa generación dos sencillas preguntas: «¿Cómo quieres que sea el mundo dentro de cincuenta años?», y «¿cómo quieres que sea tu vida dentro de cinco años?», las respuestas vienen a menudo precedidas de un «con tal de que todavía haya mundo» y de un «con tal de que yo siga vivo». En palabras de George Wald, «Con lo que nos enfrentamos es con una generación que no está por ningún medio segura de poseer un futuro»²⁹. Porque el futuro, como Spender lo expresó, es «como una enterrada bomba de relojería, que hace tic-tac en el presente». A la pregunta a menudo oída

28. Stephen Spender, *The Year of the Young Rebels*, Nueva York, 1969, p. 179.

29. George Wald, en *The New Yorker* del 22 de marzo de 1969.

¿Quiénes son los de la nueva generación?, se siente la tentación de responder, los que oyen el tic-tac. Y a la otra pregunta ¿Quiénes son los que les niegan profundamente?, la respuesta puede ser los que no saben, los que no conocen los hechos o se niegan a enfrentarse con ellos tal como son.

La rebelión estudiantil es un fenómeno global pero sus manifestaciones, desde luego, varían considerablemente de país a país, a menudo de universidad a universidad. Esto es especialmente cierto por lo que se refiere a la práctica de la violencia. La violencia ha seguido siendo fundamentalmente una cuestión de teoría y retórica donde el choque entre generaciones no ha coincidido con un choque entre tangibles intereses de grupo. Así sucedió especialmente en Alemania donde los claustros de profesores se beneficiaban del abarrotamiento de clases y seminarios. En América, el movimiento estudiantil resultó seriamente radicalizado allí donde la policía y la brutalidad de la policía intervinieron en manifestaciones esencialmente no violentas: ocupación de edificios de la administración, sentadas, etc. La violencia sería entró sólo en escena con la aparición del Black Power en el campus. Los estudiantes negros, la mayoría de los cuales habían sido admitidos sin la necesaria aptitud académica, se consideraron y se organizaron como un grupo de intereses, representantes de la comunidad negra. Su interés consistía en reducir los niveles académicos. Se mostraron más prudentes que los rebeldes

blancos pero desde un principio resultó claro, aun antes de los incidentes de la Universidad Cornell y del City College de Nueva York, que, con ellos, la violencia no era cuestión de teoría y retórica. Además, mientras la rebelión estudiantil en los países occidentales no puede encontrar en parte alguna apoyo popular fuera de las universidades y, como norma, halla una violenta hostilidad en el momento en que recurre a medios violentos, una gran minoría de la comunidad negra apoya la violencia verbal o real de los estudiantes negros³⁰. La violencia negra puede comprenderse en analogía con la violencia laboral en la América de hace una generación. Y, aunque por lo que yo sé, sólo Staughton Lynd ha trazado explícitamente la analogía entre los disturbios laborales y la rebelión estudiantil³¹, parece que el establishment académico, en su curiosa tendencia a condescender con más facilidad ante las demandas de los negros, aun si son estúpidas y perjudiciales³², que ante las desinteresadas y habitualmente elevadas reivindicaciones morales de los rebeldes blancos, piensa también en esos términos y se encuentra más a gusto cuando se enfrenta con intereses más violencia que cuando es una cuestión de «democracia participativa» no violenta. La condescendencia de las autoridades uni-

30. Véase apéndice VI, pág. 127.

31. Véase apéndice VII, pág. 128.

32. Véase apéndice VIII, pág. 129.

versitarias a las demandas negras ha sido explicada a menudo por los «sentimientos de culpabilidad» de la comunidad blanca; creo que es más probable que las universidades, así como los administradores y los consejos de síndicos, sean a medias conscientes de la obvia verdad de una conclusión del documento oficial *Report on Violence in America*: «La fuerza y la violencia son probablemente técnicas eficaces de control social y de persuasión cuando disfrutan de un completo apoyo popular»³³.

La nueva e innegable glorificación de la violencia por el movimiento estudiantil tiene una curiosa peculiaridad: mientras la retórica de los nuevos militantes se halla claramente inspirada por Fanon, sus argumentos teóricos contienen habitualmente nada más que un batiburrillo de residuos marxistas. Y esto resulta además completamente desconcertante para cualquiera que haya leído a Marx o a Engels. ¿Quién podría denominar marxista a una ideología que ha puesto su fe en los «gandules sin clase», que cree que «en el lumpenproletariado hallará la rebelión su vanguardia» y que confía en que los «gásters iluminarán el camino al pueblo»?³⁴. Sartre, con su gran fortuna para las palabras, ha proporcionado expresión a la nueva fe. «La violencia», cree ahora basándose en el libro de Fanon, «como la lanza

33. Véase el informe de la Comisión Nacional sobre las Causas y la Prevención de la Violencia, junio de 1969, tal como se le cita en *The New York Times*, del 6 de junio de 1969.

34. Fanon, *op. cit.*, pp. 130, 129 y 69, respectivamente.

de Aquiles, puede curar las heridas que ha infligido». Si esto fuera cierto, la venganza sería una panacea para la mayoría de nuestros males. Este mito es más abstracto, está más apartado de la realidad que el mito de Sorel relativo a la huelga general. Está a la par con los peores excesos retóricos de Fanon, tales como el de que «es preferible el hambre con dignidad al pan comido en la esclavitud». No son necesarias historia o teoría algunas para refutar esta declaración; el más superficial observador de los procesos que experimenta el cuerpo humano sabe que no es cierto. Pero si hubiese dicho que el pan comido con dignidad era preferible al pastel comido en la esclavitud la nota retórica se habría perdido.

Leyendo estas irresponsables y grandiosas declaraciones —y las que yo he citado son muy representativas, exceptuando que Fanon consigue permanecer más cerca de la realidad que la mayoría de ellos— y observándolas en la perspectiva de lo que sabemos sobre la Historia de las rebeliones y las revoluciones se siente la tentación de negar su significado, de adscribir las a una moda pasajera o a la ignorancia y nobleza del sentimiento de quienes se ven expuestos a acontecimientos y evoluciones sin precedentes, sin medios para abordarlos mentalmente y que reviven curiosamente pensamientos y emociones de los que Marx había esperado liberar a la revolución de una vez por todas. ¿Quién ha llegado siquiera a dudar del sueño de la violencia, de